

No SOY INÚTIL

Era una fría mañana de febrero, las gotas de agua caían sin cesar, al igual que las bombas, sobre la ciudad. María se dirigía a la estación de tren con su maleta, donde cientos de mujeres eran escoltadas por soldados. Sus hijos, sollozaban sin cesar al oír las bombas en la lejanía.

Es entonces, en el andén, cuando María se da cuenta que no puede irse sin ayudar mientras que hay cientos de hombres muriendo en la guerra.

Un soldado se dirige a la joven, le dice que por favor suba al tren y abandone la ciudad.

Le contesta rápidamente que ella quiere ayudar igual que un hombre, pero el soldado le dice que es una mujer y que no puede ayudar en nada.

- Ya hay hombres luchando, - dice - no te necesitamos

en el frente, márchate. María le contesta: - no soy inútil, puedo salvar vidas. ¡No necesitamos ninguna enfermera aquí! ¡Márchate o llamo al coronel! - dice el soldado. - Yo no soy enfermera, soy cirujana y creo que puedo aportar ayuda sanitaria a los hombres heridos en la guerra - argumenta firmemente.

Después de horas debatiendo, consigue convencer al soldado de que ella puede ayudar mucho y finalmente le deja enfrentarse a la guerra. Con gran convicción prometió que no tocaría un arma.

Ya es de noche, María se va a acostar con los recuerdos de familias destruidas y de madres que tienen que abandonar la ciudad con sus hijos. - Si tuviera hijos - piensa - probablemente no pudiera cumplir mi deseo de ser cirujana y poder salvar vidas. Tengo que reponer fuerzas para intentar hacer todo lo posible. Mañana será el gran día. -

Se despierta y se levanta de un salto.

Hace más frío que ayer, así que se abriga bien. Ya está lista para salir y enfrentarse cara a cara con la guerra, y con los hombres...

Antes de salir de su casa, recuerda que tiene que ser muy sigilosa y que su prioridad es salvar a todas las personas que pueda.

Así pues, coge su material médico (kit de primeros auxilios, medicamentos, pastillas, bisturí...) y sale por la puerta. Se dirige inquieta a la línea del frente, donde están los combates más duros. Cuando va caminando, los sonidos son más fuertes, pero ella no se detiene. Al fin llega a su destino. Nada más adentrarse, oye a una persona que grita pidiendo ayuda. Alguien le indica donde está el hospital de campaña y acude rápidamente a socorrer al soldado.

María ve mucha gente tendida en el suelo, mucha sangre derramándose de sus cuerpos... La sensación es horrible, dan ganas de volver e irse del país. Pero aun así no se rinde y lleva al herido al hospital de campaña del frente. Allí todos son hombres y se extrañan al verla.

¿Cómo te han dejado pasar? - preguntan unos-. ¿Por qué no te vas de aquí y nos dejas a nosotros el trabajo? - preguntan otros-.

María solo responde:- Traigo a un herido, tiene inflamación interna en la pierna derecha.

Hay que operarlo. Nadie responde.

Tras un breve silencio pregunta si alguien sabe hacer esa operación. Tras otro silencio se da cuenta de que nadie en aquel sitio sabe realizar la cirugía. Como ha trabajado en grandes hospitales, era la única capaz de realizar la intervención.

Sin perder más tiempo, se pone manos a la obra. Estaba nerviosa ya que, como el hombre estaba débil, no se podía permitir ningún fallo. De ella dependía la vida de aquel hombre, un valiente soldado.

El chico parecía nervioso y dolorido. Entonces la joven le pregunta su nombre y su edad. Él responde: - Me llamo Juan, tengo 23 años. Me gustaba salir con vida de esto para poderse lo contar más adelante a mis hijos y después a mis nietos. María no se esperaba esa respuesta pero dice con voz calmada: - Hola Juan, soy María, tengo 36 años y voy a ser la encargada de realizar la operación. Todo irá bien.

Ahora, por favor tumbate y cierra los ojos.

Después de un par de horas de operación, la decidida cirujana la acaba con éxito. Juan está muy contento porque conserva la pierna a pesar de que podría haber sido amputado. María está feliz y Juan se siente profundamente agradecido.

Unos segundos más tarde, aparece un médico con un hombre gritando de dolor en una camilla.

Nuestra protagonista, sin pensárselo dos veces, corre a ver que le pasa. Y enseguida hace un certero diagnóstico.

Le pincha morfina para aliviar el dolor antes de proceder a operarlo. Junto a otros tres médicos comienzan la intervención; es entonces cuando se dan cuenta de que su brazo derecho está demasiado mal para poder salvarlo.

Hay que amputarlo. Tras una complicada operación de una hora, consiguen salvar al hombre, pero no su brazo.

Durante ese tiempo han llegado más personas heridas.

En ese momento, el jefe del hospital de campaña

empieza a decir: - Nos vamos a repartir el trabajo.

Todos vosotros seréis los encargados de ir al frente

para poder traer heridos, y todos los demás

os encargareis de curar y operar a esas

personas que lo necesitan.

María, -dijo el jefe- eres una chica, pero has demostrado que puedes quedarte aquí para ayudar y tomar decisiones médicas. Ella estaba contenta porque había demostrado su valía y había conseguido quedarse en el lugar en el que quería y debía estar. Día tras día iban viniendo más heridos y la gran cirujana destacaba sobre sus compañeras, algunos de los estaban celosos. Sin duda ella era la mejor.

Muchos de sus colegas cambiaron totalmente su forma de pensar, ya que cuando María llegó todos la dijeron que no valía para nada, que era inútil su presencia. Pero la mayoría la envidiaban porque como cirujana era superior a todos ellos.

Iban pasando los días, que se convirtieron en semanas, que a su vez se convirtieron en meses.

La guerra no se acababa y a cada momento llegaban más y más heridos. A lo largo de la contienda María consiguió salvar a cientos de personas.

Cuando la guerra por fin se acabó, un par de años más tarde, todos pudieron volver a su casa y seguir con sus vidas.

Cinuenta años más tarde, María ya es muy mayor, tiene ochenta y seis años y está en una residencia, sola, sin familia.

Ella estaba tranquila mirando por una ventana y pensando que las guerras nunca más tendrían que suceder. Fue entonces, a las dos de la tarde, cuando una chica aparece por la puerta diciéndole que tiene visita. Sorprendida, se levanta a ver quién es.

Cuando alza la mirada ve a cientos y cientos de personas de pie delante suya. La mayoría, ancianos.

Uno exclama: - Hola María, soy Juan. Me salvaste en la guerra hace cincuenta años. Gracias a ti he podido formar una gran familia y vivir una vida estupenda. Te he venido a visitar con mis dos hijos

y mis nietos. He traído conmigo a otras personas que salvaste durante la guerra y a sus descendientes.

Con gran sorpresa mira a otra persona que empieza a hablar. Él es un poco mayor que ella, va en silla de ruedas y le falta el brazo derecho, y solo repite:
- Gracias, gracias, gracias...

Una chica junto al anciano añade: - Mi padre está muy agradecido porque le salvaste la vida. No sabe como expresarlo. Todos nosotros, juntos, hemos podido convencer al Director del nuevo hospital que está en construcción para que pongan al centro tu nombre. Se llamará El Hospital María Salvadora, por tantas vidas que salvaste.

Tras un gran aplauso, María no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas, y comprendió que su vida NO HABÍA SIDO INÚTIL a pesar de ser una mujer en tiempos de guerra.